



Aissata y el río seco

Mamadou Wague



VI CONCURSO DE RELATOS CORTOS DEL SERVICIO DE APRENDIZAJE DEL IDIOMA DE CEAR

En un pequeño pueblo junto al río Níger, en Mali, vivía Aissata. Era una niña de catorce años. El pueblo se llamaba Djenné y tenía una gran mezquita de barro, la más famosa del mundo. Cada año, todos la renovaban con sus propias manos.

El río Níger era como un padre generoso: daba agua limpia para los cultivos de mijo y sorgo, traía pescado fresco y, sobre él, los barcos pinaza llevaban mangos, bloques de sal del desierto y telas de colores hasta el mercado semanal. Aissata iba con su papá en la piroga de madera. Veía garzas blancas volando bajo y a los hipopótamos asomando sus grandes cabezas en el agua fresca.

Pero ese año todo cambió de golpe. Llegó una sequía muy fuerte. El sol quemaba la piel sin descanso. El

viento Harmatán soplabla arena caliente en la boca y en los ojos. El río se quedó como un hilo delgado de agua sucia. Los pescadores volvían con redes vacías y rostros tristes. Los campos amarillos se secaron por completo. No había comida suficiente. Niños como Aissata y sus dos hermanos pequeños pasaban hambre cada día. Su mamá lloraba mientras molía el poco mijo que quedaba.

Aissata ayudaba mucho en casa. Molía grano duro con un gran palo en el mortero de madera. Sudaba bajo el sol del mediodía.

Su abuelo Samba era el griot del pueblo. Los griots son los guardianes de las historias antiguas de Mali. Tocan la kora, un instrumento hermoso de cuerdas que suena como el viento del desierto. Samba llevaba

una capa azul teñida y un bastón tallado.

Una tarde, cuando el sol bajaba rojo como el fuego, Samba llamó a Aissata:

—Ven aquí, niña del río —dijo con voz fuerte.

Se sentó bajo el gran y viejo baobab. Sus ramas gruesas eran como brazos protectores abiertos al cielo. Tocó la kora suavemente y le contó la historia de Ningi, el espíritu del río, una serpiente mágica de agua.

—Hace mucho tiempo —dijo Samba—, un rey malo de Tombuctú era muy codicioso. Quería toda el agua del Níger para él solo. Construyó muros altos de oro para guardarla. Ningi se enojó mucho. El río se secó de repente. El pueblo sufrió una terrible hambre. Solo una semilla especial del Árbol de la Memoria lo salvó todo. Está escondida en Bamako, bajo un baobab sagrado. Esa semilla es el corazón unido de nuestro pueblo. Ve a buscarla, Aissata. Salva Djenné antes de que sea tarde.

Ella escuchó con el corazón latiendo rápido. Las palabras de Samba eran como magia antigua llenando el aire.

Esa noche, Aissata no pudo dormir. Los grillos cantaban fuerte alrededor de la choza. El viento gemía triste por las rendijas. Soñó con ríos grandes y llenos de estrellas brillantes.

Al amanecer, cuando el cielo estaba rosa, preparó su viaje. Tomó una calabaza llena de agua del pozo casi seco. Metió un poco de mijo, garbanzos duros y un trozo de queso de cabra en una tela limpia. Su mamá le dio un amuleto de conchas del río.

—Los ancestros te cuidan, hija mía —dijo entre lágrimas.

Aissata besó a sus hermanos pequeños y tomó un palo fuerte de acacia. Salió caminando por el camino del río seco.

Primero vino el desierto duro. El sol ardía como fuego en la piel. La arena volaba como una lluvia fina y picaba la cara. Le dolían los pies descalzos sobre las piedras calientes. Vio huellas antiguas de camellos tuareg. En un pequeño pozo encontró a un pastor fulani con largas túnicas azules. Compartió con él su poca comida. A cambio, la cabra del pastor le dio leche tibia.

—Comparte siempre y vive —le dijo el viejo con una buena sonrisa.

Aissata dio las gracias y siguió.

De día sudaba sin parar. De noche temblaba de frío bajo las estrellas. Oía chacales aullando cerca y veía ojos amarillos brillando en la oscuridad. Cantaba una vieja canción de griot para no tener miedo y sentirse fuerte. Cruzó la sabana con acacias retorcidas. A lo lejos, rugían los leones en la noche.

Después de cinco días muy duros, con los pies heridos y el cuerpo agotado, llegó por fin a Bamako. ¡Qué ciudad tan viva! El Níger allí era ancho y poderoso.

Los mercados estaban llenos de colores hermosos: telas bogolanfini con dibujos de barro negro y blanco, mangos amarillos en grandes pilas, especias que picaban fuerte la nariz. Sonaban tambores djembe sin parar. Bailarines movían máscaras de madera tallada. Mujeres vendían nueces de kola y joyas brillantes. Niños corrían entre motos ruidosas.

Aissata preguntó por el baobab sagrado del Árbol de la Memoria. Una vendedora bambara rió fuerte.

—Ve al mercado de la Medina y escucha bien con el corazón —dijo.

Le dio un dátíl dulce y jugoso.

Aissata subió la colina polvorienta. El mercado olía a pescado ahumado y kebabs calientes. Bajo el enorme baobab, oyó un susurro suave como el viento:

—Cava aquí.

Sus manos pequeñas cavaron la tierra roja. Encontró la semilla: negra, redonda y caliente como un corazón vivo. De repente vio imágenes rápidas: reyes antiguos plantándola entre cantos, lluvia cayendo fuerte, ríos llenos otra vez.

Pero un hombre de ojos feos vio el brillo de la semilla.

—Dámela, la venderé muy caro —gritó enfadado.

Corrió tras ella con pasos pesados.

Aissata bajó la colina corriendo. Saltó sobre frutas caídas y telas de colores. Su corazón latía como un tambor fuerte. Llegó al muelle sin aliento. Un barquero viejo, de barba blanca, la escondió en su barco pinaza. Ella le cantó una canción del espíritu del río. Él sonrió y remó veloz río abajo hacia Djenné.

El regreso fue mejor: la corriente ayudaba. Pero una tormenta de polvo cubrió el cielo. Aissata apretó la semilla y rezó en bámbara a los ancestros.

Al séptimo día vio las torres de barro de Djenné brillando al sol. Todos la esperaban en la orilla: su papá, su mamá, sus hermanos, pescadores con redes viejas, mujeres con bebés a la espalda. Samba estaba con su kora lista y la abuela Fatou preparada para hablar.

Aissata cavó un hoyo profundo en la tierra seca. Plantó la semilla con cuidado. Samba tocó la kora fuerte y clara. Todos cantaron juntos:

—Espíritu del río, ven, somos uno solo.

Fatou contó la historia completa de Ningi, con nombres de reyes como Sundiata y Mansa Musa. El suelo tembló un poco. Nubes oscuras llegaron desde el horizonte. Primero llovió suave, mojando la tierra sedienta. Luego vino una lluvia fuerte como

bendición.

El río creció con rugidos felices. Peces saltaban en el agua nueva. Los campos se volvieron verdes rápidamente. El pueblo entero bailó con tambores djembe, máscaras y risas hasta la noche.

Aissata sonrió bajo la lluvia fresca. Supo que la semilla no era solo magia. Era el corazón unido del pueblo, el coraje de compartir y ayudar. No había sido ella sola quien salvó Djenné. Habían sido todos juntos.

Ahora, cada año, cuando llega un poco de sequía, los niños se sientan bajo el baobab a escuchar su historia. Cantan para el río y plantan semillas nuevas. En Mali, la unión del pueblo es más fuerte que el desierto seco. El agua siempre vuelve si los corazones están juntos.



